



Ante las muertes imprevistas

Las muertes imprevistas tienen siempre un matiz de tragedia que no es fácil de asumir. Pero resulta posible, desde las energías propias de los corazones y desde la mirada hacia el mundo de Dios. **Pág. 4**

CUANDO LLEGA LA ADVERSIDAD

Constantemente las mujeres nos quejamos de que los hombres no nos entienden. Los hombres suplican poder entender a la mujer. Pero quizá la mujer tampoco se detiene a tratar de comprender al hombre.

Hace unos meses viajaba con una amiga por la carretera. Para completar la aventura de habernos perdido, tomando salidas equivocadas y habernos quedado completamente paradas en el tráfico por media hora, sólo nos faltaba que se nos pinchara un caucho.

La ley de Murphy no falló y poco después de salir del tráfico empezamos a oír un ruido. Nos paramos a un lado de la carretera para confirmar que, efectivamente, teníamos que cambiar el caucho. Ninguna de las dos lo habíamos hecho antes, pero yo pensé que no podría ser tan difícil y que era suficiente experiencia la de ver a mi papá cambiar los cauchos tantas veces. Estaba sentada sobre el pavimento tratando de ensuciarme lo menos posible y encontrar dónde poner el gato, cuando un señor amablemente se detuvo para ayudarnos. Después de quince minutos ya estábamos sentadas listas para continuar nuestro viaje.

¿Qué motiva a los hombres a pararse a cambiar cauchos en la mitad de la carretera? Este hecho me ayudó a entender lo que mueve al hombre y que no es necesariamente lo mismo que puede motivar a una mujer. Al hombre le gusta sentirse necesitado y se siente realizado al proteger a alguien más. A nosotras nos agrada que nos ayuden porque nos hace sentir protegidas y cuidadas. Tomando esto en cuenta, podemos descubrir qué le afecta al hombre y la manera en que podemos sobrellevar los problemas familiares con ellos y no, a pesar de ellos.

El hombre encuentra su realización al poder proteger. El esposo y padre de familia se realiza al poder proveer y proteger a su



familia. Se podría decir que el hombre no trabaja sólo por el dinero. Éste es un incentivo fuerte, sin embargo el hombre lo que busca es lo que acompaña al dinero: protección para su familia, status, prestigio y excelencia.

¿Qué pasa cuando el dinero falta? Para él es más que un simple problema económico. Todo lo que le acompaña desaparece a la vista del hombre. Siente frustración al no poder proveer para su familia. Si para la mujer es importante que la comida que preparó le guste a su familia, para el hombre es importante poder llevar la comida y muchas otras cosas a la casa.

Su éxito, que él basa en el trabajo, se esfuma. Su deseo de excelencia se ve frustrado junto con el fracaso en el negocio.

La mujer en estos casos puede empeorar o aligerar la situación. La relación puede verse dañada si se queja de que no le alcanza el dinero, si le presiona con los pagos y los gastos de la casa. De manera silenciosa hay que empezar a ahorrar y enseñarle a los hijos a hacerlo. Hay que saber en qué momento tratar

estos temas y, sobre todo, no hacerlo delante de los hijos. El hombre puede decaer si su mujer no le da la misma importancia que para él tiene el no parecer tan prestigioso ante los demás. El hombre busca la estima de otros, en especial la de su mujer y familia. Por eso es importante que ella le ame incondicionalmente y encuentre en ella la seguridad que siente haber perdido.

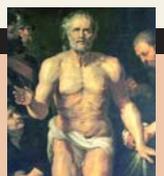
Ha habido momentos de prosperidad. Han llegado o podrán llegar momentos de adversidad. Si no han llegado, sería conveniente acordar de antemano la manera en que los enfrentarán. Si ya han llegado, quizás es momento de cambiar actitudes y maneras de hacer frente a las dificultades. En uno u otro caso, es importante saber vivirlos juntos.

Si la mujer sabe aportar sus cualidades, podrá ayudar a hacer que las adversidades lejos de ser un obstáculo para el matrimonio, sean un medio para crecer en el amor.

Ale Moreira

La muerte de Séneca, pintado por Rubens. La filosofía era, para Séneca., un asunto fundamentalmente práctico, cuyo principal objetivo era el de encaminar a los hombres hacia la virtud

¿Qué importa saber qué es una línea recta, si no se sabe lo que es rectitud?. Lucio Anneo Séneca



www.venezuelaentrelíneas.com

si quieres disfrutar de la más rica información, simplemente haz **CLICK AQUÍ**

CONSEJO EDITORIAL:
Luis Felipe Capriles
Ma. Denisse Fanianos de Capriles
Alfredo Gorrochotegui Martell
Luisana Graterón de Bethencourt
Gabriel Gutiérrez Vera

IMPRESA:
Organización Gráficas Capriles C.A.

PUBLICACIÓN MENSUAL PRODUCIDA POR:



PREMIO MONSEÑOR PELLÍN 2005

DISEÑO E ILUSTRACIONES:
Gerónimo Guevara

CONTACTOS:
www.venezuelaentrelíneas.com
entrelíneas@venezuelaentrelíneas.com
Tel.: (0212) 238.12.17 / 238.41.95

Las 10 mejores películas actuales desde el punto de vista espiritual (Parte I/II)

Como cada año, el profesor Peio Sánchez, director del Departamento de Cine del Arzobispado de Barcelona, España, ofrece su valoración de las diez mejores películas desde el punto de vista espiritual.



Peio Sánchez afirma que, al hacer este elenco, lo presenta “como un material válido para la recuperación educativa y pastoral a través del dvd”.

“Nos parece hoy imprescindible –añade- elegir bien lo que vemos para ser mejores personas. Y creemos que este tipo de cine invita a profundizar en los grandes interrogantes, propone una mirada abierta al misterio de Dios y provoca a ser buena gente”.

1. Gran Torino (2008) Clint Eastwood

“En Gran Torino, Clint Eastwood ha sabido contar una historia sencilla con una enorme fuerza dramática planteando temas espirituales como el sentido del perdón, la redención como sacrificio o el camino de conversión. Y desde el punto de vista cristiano no solamente presenta una imagen positiva de la Iglesia representada en el padre Janovich sino que también ofrece una poderosa imagen cristiana en las decisiones finales del protagonista”.

2. Amazing Grace (2006) Michael Apted

“Este homenaje a William Wiberforce -un parlamentario de la Cámara de los Comunes, que dedicó, desde su juventud, su actividad política a la lucha contra la esclavitud y las injusticias sociales- se presenta con una magnífica puesta en escena y una serie de actuaciones excepcionales. Marcada profundamente por la perspectiva social cristiana es una película imprescindible para conocer la fuerza ética del Evangelio y su herencia en nuestra cultura”.

3. Katyn (2007) Andrzej Wajda

“Sobrecogedora película del maestro polaco Andrzej Wajda. Este testamento filmico trata del genocidio de Katyn perpetrado por el comunismo

soviético en 1940 y que afectó personalmente al director ya que su padre era uno de los 20.000 oficiales y ciudadanos polacos asesinados. Narrada desde la perspectiva de los supervivientes, especialmente mujeres, es un himno a la reconciliación desde la memoria que busca la verdad. La fe católica se muestra con intensidad en distintos momentos pero de forma más contundente en los últimos minutos”.

4. Slumdog Millionaire (2008) Danny Boyle

“El director Danny Boyle, de formación y convicciones cristianas, ha sabido contar una dura historia sobre la superación desde la miseria hasta la victoria. Narrada como un cuento de hadas, sigue la historia de tres muchachos que nacen en las barracas de Calcuta, y cómo desde el protagonista Jamal verán como triunfa la bondad y el amor más allá de la injusticia y la violencia. La historia nos presenta una intriga que mueve al espectador a la esperanza y que invita a reconocer la presencia de la Providencia que acompaña los acontecimientos respetando la libertad pero alentando la bondad”.

5. The Visitor (2007) Thomas McCarthy

“Es la historia de una visita de gracia en la que se ve envuelto un oscuro profesor universitario, genialmente interpretado por Richard Jenkins, quien tras quedar viudo vive en el sinsentido y al que le cambiará la vida su encuentro con Tarek. Este sirio que lleva la percusión en su corazón representa la alegría y las ganas de vivir que faltan al protagonista. En este itinerario de transformación veremos como crece en él la sensibilidad y el compromiso, la capacidad de amar y el ejercicio responsable de la libertad. Una película que además es un grito contra la injusticia de las leyes de inmigración”.

Aplazar la gratificación

En la década de los sesenta, Walter Mischel llevó a cabo desde la Universidad de Stanford una investigación con preescolares de cuatro años de edad, a los que planteaba un sencillo dilema: «Ahora debo marcharme y regresaré dentro de unos veinte minutos. Si quieres, puedes comerte este chocolate, pero si esperas a que yo vuelva, entonces te daré dos.»

Aquel dilema resultó ser un auténtico desafío para la mayoría de los niños. Se les planteaba un fuerte debate interior: la lucha entre el impulso a comerse el chocolate y el deseo de contenerse para lograr dos un poco después.

Era una lucha entre el deseo primario y el autocontrol, entre la gratificación y su demora. Una lucha de indudable trascendencia en la vida de cualquier persona.

Tal vez no hay habilidad psicológica más decisiva que la capacidad de resistir el impulso.

Resistir el impulso es el fundamento de cualquier tipo de autocontrol emocional, puesto que toda emoción supone un deseo de actuar, y es evidente que no siempre ese deseo será oportuno.

El caso es que Walter Mischel llevó a cabo su estudio, y efectuó un seguimiento de esos mismos niños durante más de quince años.

En la primera prueba, comprobó que aproximadamente dos tercios de esos niños de cuatro años de edad fueron capaces de esperar lo que seguramente les pareció una eternidad, hasta que volvió el experimentador. Pero los otros, más impulsivos, se abalanzaron sobre el chocolate al poco tiempo de quedarse solos en la habitación.

Además de comprobar lo diferente que era entre unos y otros la capacidad de aplazar la gratificación –y, por tanto, el autocontrol emocional–, una de las cosas que más llamó la atención al equipo de investigadores fue el modo en que aquellos niños soportaron la

espera: volverse para no ver el chocolate, cantar o jugar para entretenerse, o incluso intentar dormirse.

Pero lo más sorprendente de aquel estudio comparativo vino diez o doce años más tarde, cuando pudieron comprobar que la mayor parte de esos niños y niñas que en su infancia habían logrado resistir aquella famosa espera del chocolate, eran luego en su adolescencia –siempre en términos de conjunto– personas notablemente más emprendedoras y equilibradas, menos proclives a desmoralizarse, más resistentes a la frustración, y más decididos y constantes.

Un niño de cuatro años ha recibido ya mucha educación: puede haber aprendido a ser obediente o desobediente, disciplinado o caprichoso, ordenado o desordenado. Por eso, más que alentar oscuros determinismos ya cerrados desde la infancia, o viejas tesis conductistas, lo que resalta aquella investigación es que las aptitudes que despuntan tempranamente en la infancia suelen florecer más adelante, en la adolescencia o en la vida adulta, dando lugar a un amplio

abanico de capacidades emocionales:

la capacidad de controlar los impulsos y demorar la gratificación, aprendida con naturalidad desde la primera infancia, constituye una facultad fundamental, tanto para cursar una carrera como para ser una persona honrada o tener buenos amigos.

Este experimento muestra cómo los niños poseen ya desde muy pronto importantes capacidades emocionales (como percibir la conveniencia de reprimir un impulso, o saber desviar su atención de la tentación presente), y que educarles en esas capacidades será de gran ayuda para su desarrollo futuro.

Esa capacidad de resistir los impulsos, demorando o eludiendo una gratificación, para alcanzar así otras metas –ya sea aprobar un examen, levantar una empresa o mantener unos principios éticos–, constituye una parte esencial del gobierno de uno mismo. Y todo lo que en cualquier tarea de educación, o de autoeducación, pueda hacerse por estimular esa capacidad será siempre de una gran importancia.

Alfonso Aguiló

www.interrogantes.net



Ante las muertes imprevistas

Las muertes imprevistas tienen siempre un matiz de tragedia que no es fácil de asumir. Pero resulta posible, desde las energías propias de los corazones y desde la mirada hacia el mundo de Dios

Hay muertes previstas: dan tiempo para prepararnos a su llegada. Otras muertes, en cambio, ocurren sorpresivamente, de golpe, como un relámpago inesperado.

La muerte de un familiar anciano, o de alguien que cede poco a poco ante una enfermedad inexorable, llega de un modo más o menos esperado. El corazón puede prepararse, porque adivina que, tarde o temprano, una vida terrena termina. Estamos, entonces, listos para acoger el “golpe”, que no deja de ser doloroso, pero que sabemos estaba próximo.

Pero la situación es muy diferente cuando un hecho imprevisto (un choque, un secuestro, un atentado, un accidente de trabajo), irrumpe en una vida y provoca una muerte inesperada. Una curva mal tomada, un pinchazo en la rueda, una balacera en la calle, un terremoto, un incendio en el avión o en el barco: hechos veloces, hechos inesperados, violentos, a veces misteriosos, nos arrancan la presencia de un ser querido.

Las muertes imprevistas llaman a las puertas de cualquiera: del niño y del adulto, del rico y del pobre, del ciudadano honesto y del delincuente, del santo y del pecador, del amigo y del enemigo. No hay distinciones, como si todos, ante el hecho inesperado, fuesen igualmente vulnerables, frágiles, incapaces de defenderse o de huir.

Llega luego la llamada o el correo electrónico que provoca una conmoción indescriptible: un familiar, un amigo, un compañero de trabajo, un vecino, acaba de morir.

Sentimos entonces un desgarrón profundo en el alma. Por lo inesperado del hecho. Por el afecto que sentíamos hacia una persona cercana o conocida. Por la ruptura radical que se impone en los lazos temporales.

Si descubrimos, además, que la causa de esa muerte fue la borrachera de un conductor irresponsable, o la malicia perversa de quienes viven en el mundo del delito organizado, sentimos una rabia profunda por la injusticia sufrida. Descubrimos con amargura que vivimos en un mundo perverso, en el que muchas veces las autoridades no consiguen controlar agresiones que destruyen familias, desde la violencia que sacude nuestros pueblos y ciudades.

Tras la noticia de la muerte inesperada, se suceden los hechos como una cascada incontenible. Por un lado, hay que afrontar la situación y los deberes inmediatos: dar o recibir el pésame, preparar el funeral, buscar tiempo para recibir visitas o para velar el cuerpo de quien hasta hace muy poco nos hablaba con ternura. Prisas, llamadas, papeles, contactos, seguros. Todo ocurre muy rápido, según rutinas frías que agobian la vida de muchas ciudades modernas.

Por otro lado, está el vacío interior, la herida del alma, muy reciente, muy honda. Notamos que desde ahora queda un hueco en la cama, en la casa, en la oficina, en la propia vida. Desaparece un ser querido. El mundo ha dado un cambio brusco, al menos según nosotros. Casi nos resulta extraño que haya quienes siguen con sus prisas, sus proyectos y sus

monotonías, cuando percibimos que todo, desde ahora, va a ser distinto.

Sentimos entonces lo que san Agustín experimentó cuando vio morir, de modo rápido e inesperado, a uno de los amigos de su juventud:

“Se entenebreció mi corazón de dolor, y veía en todas las cosas la muerte. La patria era para mí un suplicio, y la casa paterna se me hacía insoportable, y todo cuanto con él me había sido común, se me convertía sin él en crudelísimo tormento. Buscábanle por todas partes mis ojos, y no le hallaban. Todas las cosas me eran aborrecibles, porque no le hallaba entre ellas, ni me podían decir: Mirale, ahí viene, como antes, cuando venía después de una ausencia. Llegué a hacerme insoportable a mí mismo” (San Agustín, “Confesiones” IV,4,9).

El luto ha entrado en la propia vida. Puede ser un luto más o menos “sano”, llevado con dignidad (lo cual no quita la pena). O puede ser un luto enfermizo, desbordante, que arrastra al odio, a la sed de venganza, al abatimiento, a los reproches contra Dios, contra la sociedad, contra la vida misma. Un luto que carcome y que destruye, que aparta los ojos de todo lo que no sea el recuerdo de quien ya no vive entre nosotros.

Cuesta superar lutos dañinos, porque cuesta aceptar una muerte no prevista. Pero si abriésemos los ojos a las muchas bondades que nos rodean, si viésemos a tantos otros familiares y amigos que desean nuestro bien, o incluso que necesitan nuestra ayuda

¡SALVEMOS AL MUNDO!
Cuidarlo es responsabilidad de **TODOS...**



(también ellos piden un poco de consuelo), encontraríamos fuerzas íntimas que nos permitirían seguir en la brecha de los deberes cotidianos.

Sobre todo, necesitamos abrir el alma y el corazón a una certeza que va más allá de los papeles de hospitales o de las páginas de periódicos; una certeza que nace al reconocer que nuestra alma es espiritual, incapaz de morir, y que existe un Dios que acoge a sus hijos buenos, que nos espera en la vida eterna. Quien muere, de modo previsto o imprevisto, no ha desaparecido para siempre.

Es cierto que también pensar en la otra vida puede provocar angustias, sobre todo si existen motivos para suponer que alguien ha muerto sin estar en paz con Dios ni con su prójimo. Pero en el marco de la fe católica descubrimos que Dios es misericordia, y sólo nos queda confiar en que esa misericordia haya alcanzado, por caminos que a veces no nos resultan visibles, a la persona que nos ha sido "arrancada" por una muerte imprevista.

Además, esa misma fe nos lleva a reconocer que siguen en pie los lazos de amor, que no hemos roto por completo con quien nos ha dejado. Al hablar de la importancia de las oraciones por nuestros seres queridos ya difuntos, el Papa Benedicto XVI explicaba lo siguiente:

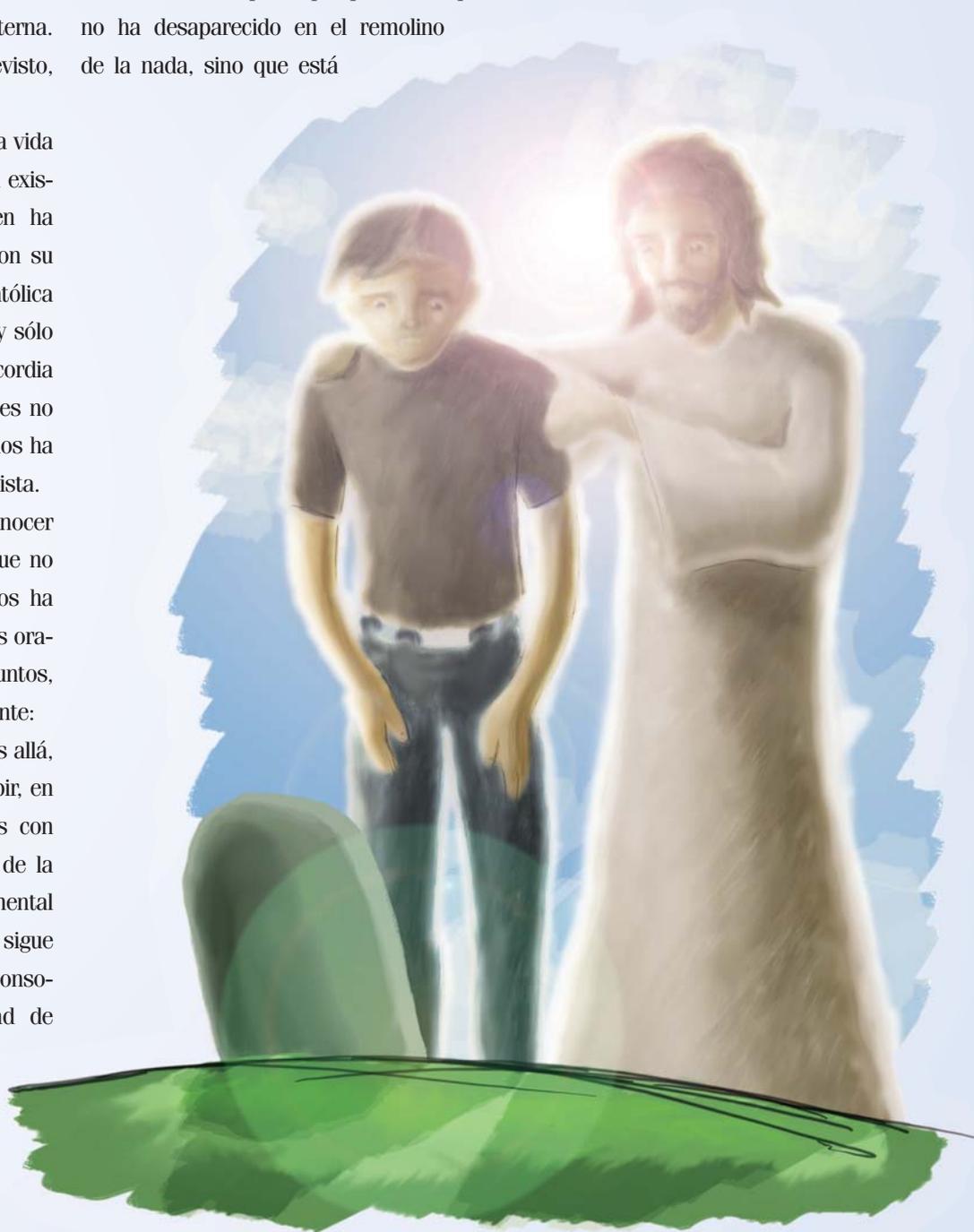
"Que el amor pueda llegar hasta el más allá, que sea posible un recíproco dar y recibir, en el que estamos unidos unos con otros con vínculos de afecto más allá del confín de la muerte, ha sido una convicción fundamental del cristianismo de todos los siglos y sigue siendo también hoy una experiencia consoladora. ¿Quién no siente la necesidad de hacer llegar a los propios seres queridos que ya se fueron un signo de bondad, de gratitud o también de petición de perdón?" (Benedicto XVI, encíclica "Spe salvi" n. 48).

Las muertes imprevistas tienen siempre un matiz de tragedia que no es fácil de asumir. Pero resulta posible, desde las energías propias de los corazones y desde la mirada hacia el mundo de Dios y de lo eterno, afrontarlas de un modo más profundo, más completo, incluso más sereno.

Quedará, ciertamente, un hueco profundo por días, por meses, tal vez por años. Pero ese hueco no es completo, porque el ser querido no ha desaparecido en el remolino de la nada, sino que está

presente en el corazón de Dios. Un Dios que es bueno, que ama la vida, que acoge y rescata a cada uno de sus hijos. Un Dios que nos acompaña, a quienes seguimos en el camino del tiempo, mientras avanzamos también nosotros a la hora que dará por concluida la vida terrena y nos introducirá en el mundo de lo eterno.

Fernando Pascual
www.catholic.net



¿Cuál modelo se pondrá tu hijo HOY?

**No dejes que el tiempo pase,
háblale a tus hijos de las drogas...**



La realidad entre discoteca y discoteca

Tener la valentía de romper con la presión, es algo que pocos pretenden y que consiguen menos



La discoteca es, para muchos, un mundo de ficción y de emociones, de música, cerveza, bailes y, algunas veces, también de drogas. Todo pasa muy rápido en una sala de luces y sombras, de encuentros y separaciones, de gritos y de fiesta.

Pero el tiempo no perdona, y llega la hora de salir. La madrugada (o, en algunos casos, el amanecer) sorprende a muchos en un estado de euforia y a otros en un profundo cansancio. Hay que llegar a casa, hay que inventar una excusa del “retraso”. Hay que encontrar, a veces casi a tientas, la cama o una butaca, y tumbarse a dormir un poco.

Así dicen descansar miles de jóvenes. La semana transcurre entre estudio y trabajo, clases y televisión, monotonía y alguna que otra sorpresa. Desde el viernes o el sábado en la tarde la discoteca se convierte en un punto obligado de encuentro, de liberación, de alegría bulliciosa.

¿Es posible dejar de ir siempre a un lugar donde un clima irreal, de fantasía, de diversión desenfadada, produce espejismos y sensaciones que no siempre ayudan a afrontar la realidad y a vivir de un modo sano los compromisos de la vida?

Nos hace falta abrir los ojos. Darnos cuenta del daño que se sigue del tomar muchas copas y del bailar hasta la locura. Reconocer el daño que produce el exceso de humo, o esas drogas ligeras que, aquí y allá, pasan del bolsillo a la boca. Aceptar que ciertas excitaciones corporales dañan profundamente la psicología de quien se hace cada vez más dependiente del placer y de las fiestas.

No es fácil romper con la discoteca cuando se ha convertido en “algo imprescindible”, en una cadena psicológica. El valor es cosa

de pocos, y muchos no son capaces ya de pensar de otra manera. La costumbre aprisiona, y crea modos de vivir que tiñen la vida de tristeza, ante el fracaso de una fiesta que llega a su fin y obliga a todos a salir, confusos, cansados o engreídos (que es el peor engaño), para afrontar una realidad a la que no sirven ni la cerveza ni los gritos.

Para muchos, resultaría casi un sueño dejar de ir a las fiestas, abandonar una costumbre que aprisiona. La sociedad condiciona a muchas personas a vivir de un modo fijo, monótono, standard. Querer hacer algo distinto, tener la valentía de romper con la presión, es algo que pocos pretenden y que consiguen menos. Los jóvenes no son extraños a esta presión de lo que se convierte en “norma” y casi obligación, aunque digan ser libres, aunque piensen que van a la “disco” porque ellos lo han decidido sin que nadie se lo exija.

La verdad está, precisamente, fuera de la sala de bailes. Alguna vez habrá que tomar la decisión de buscar un descanso nuevo, más sereno y solidario, más abierto a un mundo bello, más cercano a la familia y a los amigos sinceros, los que quieren mi bien, los que trabajan por ideales y por quienes necesitan de una mano. Es posible. Basta con probar el próximo sábado esa dicha de quien mira las estrellas y acompaña a un anciano que nos cuenta, con su sonrisa, cómo es hermosa la vida cuando permitimos a Dios caminar a nuestro lado.

Fernando Pascual

www.catholic.net

"Hoy es un tiempo maravilloso para ser sacerdote"

En el contexto del año sacerdotal que se vive actualmente en nuestra Iglesia Católica ponemos algunas líneas sobre la maravilla del sacerdocio.

"El sacerdocio es el amor del corazón de Jesús. Si comprendiésemos bien lo que es el sacerdote, moriríamos, no de pavor, sino de amor"
San Juan María Vianney

EL MUNDO NECESITA SACERDOTES

"Un sacerdote hace más falta que un rey, que un militar, que un médico, que un maestro, ... Porque él puede reemplazar a todos, pero nadie puede reemplazarlo a él"

Hugo Wast

HOMBRE DE EUCARISTÍA

"La oración hace al sacerdote y el sacerdote se hace a través de la oración. Sabed ver en él aquel tesoro evangélico por el cual vale la pena darlo todo. Si todos estamos llamados a la santidad ¡Con cuanta más razón el sacerdote! ¡Amad vuestro sacerdocio! ¡Sed fieles hasta el final!" Juan Pablo II.

DIOS SIGUE LLAMANDO

"No tengáis miedo. Desde ahora serás pescador de hombres" (Lc 5,10)

"Por mi parte, muy gustosamente gastaré y me desgastaré por vuestras almas" (2 Cor 12, 15)

"La iglesia tiene una inmensa necesidad de sacerdotes. Jesús no quiere una Iglesia sin sacerdotes. Si faltan los sacerdotes, falta Jesús en el mundo" Juan Pablo II.

"La mies es mucha y los obreros pocos" (Mt 9,38)

"Me dirijo a los padres. Que en vuestro corazón no falten nunca la fe y la disponibilidad, cuando el Señor os bendiga llamando a uno de vuestros hijos o de vuestras hijas a un servicio misionero. Saber dar gracias" Juan Pablo II.

J-304813872

TOYOAVILA
Tecnología para servir

*La marca preferida
de la familia venezolana*



SI QUIERES PROMOVER LA PAZ, PROTEGE LA CREACIÓN

NOTI-LÍNEAS

“12. *La Iglesia tiene una responsabilidad respecto a la creación* y se siente en el deber de ejercerla también en el ámbito público, para defender la tierra, el agua y el aire, dones de Dios Creador para todos, y sobre todo para proteger al hombre frente al peligro de la destrucción de sí mismo. En efecto, la degradación de la naturaleza está estrechamente relacionada con la cultura que modela la convivencia humana, por lo que «cuando se respeta la “ecología humana” en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia»[27]. **No se puede pedir a los jóvenes que respeten el medio ambiente, si no se les ayuda en la familia y en la sociedad a respetarse a sí mismos:** el libro de la naturaleza es único, tanto en lo que concierne al ambiente como a la ética personal, familiar y social[28]. Los deberes respecto al ambiente se derivan de los deberes para con la persona, considerada en sí misma y en su relación con los demás. Por eso, aliento de buen grado la educación de una responsabilidad ecológica que, como he dicho en la Encíclica *Caritas in veritate*, salvaguarde una auténtica «ecología humana» y, por tanto, afirme con renovada convicción la inviolabilidad de la vida humana en cada una de sus fases, y en cualquier condición en que se encuentre, la dignidad de la persona y la insustituible misión de la familia, en la cual se educa en el amor al prójimo y el respeto por la naturaleza.[29] Es preciso salvaguardar el patrimonio humano de la sociedad. Este patrimonio de valores tiene su origen y está inscrito en la ley moral natural, que fundamenta el respeto de la persona humana y de la creación. **BENEDICTO XVI, Extracto del Mensaje para la Celebración de la XLIII Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2010.**

LAS VENTAJAS DE LAVAR PLATOS DESDE LA INFANCIA

¿Cuánto tiempo dedican los niños de 6 a 12 años a las tareas de la casa? Ni siquiera media hora. Según un estudio de la Universidad de Maryland, los niños de EE.UU. colaboran una media de 24 minutos al día en la limpieza, el lavado de ropa y otros trabajos domésticos, y el tiempo dedicado a estas ocupaciones se ha ido reduciendo progresivamente en las últimas dos décadas, en favor de la lectura, el estudio y otras actividades de ocio, según una información recogida por Sue Shellenbarger, en *The Wall Street Journal*.

La reducción de la atención a la casa –los niños hacen ahora un 25 por ciento menos de lo que hacían en 1981– “refleja cambios importantes de comportamientos y valores que afectarán a la vida de los próximos años”, según la doctora Sandra Hofferth, directora de la investigación que acaba de publicarse, en la que han participado 1.343 niños. Los padres se preocupan mucho más de generar autoestima en los hijos, hábitos correctos de higiene o alimentación, pero no se dan cuenta de que los beneficios de atender bien el hogar van más allá.

Otros estudios similares sobre esa misma realidad sugieren efectos aún más concretos y auguran que esa ausencia de interés por lo doméstico tendrá repercusiones a largo plazo tanto en el matrimonio como en la vida social. En concreto, la colaboración en casa se ha convertido en un arma crucial para los hombres jóvenes que pretendan conservar su matrimonio. En igualdad de condiciones, los matrimonios de Estados Unidos tienden a ser más estables cuando los hombres participan más en los trabajos del hogar, según los resultados de una investigación basada en 506 parejas, publicada en 2006 en el *American Journal of Sociology*.

Quiero volver a Confiar

Fui criada con principios morales comunes: cuando era niña, madres, profesores, abuelos y tíos, vecinos, eran autoridades dignas de respeto y consideración. Cuanto más próximos o más viejos, más afecto nos dieron. Era inimaginable responder con mala educación a los más ancianos, a maestros y autoridades... Había respeto.

Confiábamos en los adultos porque todos eran padres, madres o familiares de todos los niños de la cuadra, del barrio, de la urbanización, de la ciudad.

Teníamos miedo apenas de lo oscuro, de los sapos, ratones o películas de terror.

Hoy tengo una tristeza infinita por todo lo que hemos perdido. Por todo lo que mis nietos un día temerán. Por el miedo en la mirada de los niños, jóvenes, viejos, adultos.

¿Derechos humanos para criminales?, ¿Deberes ilimitados para ciudadanos honestos?, ¿Pagar las deudas es ser tonto?, ¿Amnistía para los estafadores?, ¿Los honestos son imbéciles?, ¿No aprovecharse es ser tonto?

¿Qué pasó con nosotros?

Profesores maltratados en las aulas, comerciantes amenazados por traficantes, rejas en nuestras ventanas y puertas. Cada uno encerrado en su mundo.

¿Qué valores son estos?

Automóviles que valen más que abrazos, hijos queriendo regalos por pasar de curso, celulares en los morrales de los recién salidos de los pañales.

¿Qué vas a querer a cambio de un abrazo?

Más vale un Armani que un diploma. Más vale una pantalla gigante que una conversación. Más vale un caro maquillaje que un helado. Más vale parecer que ser... ¿Cuándo fue que desaparecieron los valores o se hicieron ridículos?

Quiero quitar las rejas de mi ventana para tocar las flores. Quiero sentarme en la acera y tener las puertas abiertas en las noches de verano. Quiero la honestidad como motivo de orgullo. Quiero la rectitud de carácter, la cara limpia y la mirada a los ojos. Quiero la fidelidad. Quiero la vergüenza y la solidaridad. Quiero la esperanza, la alegría, la confianza, la fe... Quiero callarle la boca a quien dice “a nivel de” al hablar de una persona.

Y viva el retorno de la verdadera vida, simple como la lluvia, limpia como un cielo de abril, leve como la brisa de la mañana, ¡Abajo el tener, viva el ser!

Indignación delante de la falta de ética, de moral, de respeto... Vamos a volver a ser gente, a construir un mundo mejor, más justo, donde las personas respeten a las personas.

Utopía ¡No!, ¡Hagamos el intento!

Empecemos con cada uno personalmente y demos ejemplo y contagiemos a los demás de lo verdadero.

Nuestros hijos se lo merecen y nuestros nietos lo agradecerán.